

## HOMILÍA.

### USANDO LAS ARMAS DE LA RELIGION, SALDREMOS TRIUNFANTES DE LAS TENTACIONES.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.*

No vive el hombre de solo pan, sino mas bien de la palabra divina.

*S. Mateo, c. 4. v. 4.*

¡Qué objetos tan interesantes ofrece á nuestra consideracion la Iglesia en este santo tiempo! ¡Cómo procura dulcificar las amarguras de la penitencia, hacer delicioso el árido ejercicio de la oracion, amable el retiro, temible la falsa prosperidad del momento y sospechosas las halagüeñas promesas del mundo! ¡Cuán sabiamente nos instruye, nos pone á la vista los lazos que en todas partes nos tiende el enemigo, el mortífero veneno que oculta bajo el dorado cebo, que huye con la celeridad del rayo sin dejar de sí mas señales que el hedor, el estrago, la muerte! ¡Cómo anima nuestra debilidad para el combate, enseñándonos á vencer, y presentando á nuestra vista la corona que sigue indefectiblemente á la victoria!

No, cristianos; para nosotros no hay triunfo sin combate. Ni la proteccion, ni el engaño, ni la lisonja, ni el interes, nada será capaz de hacer á uno solo participante del honor y del premio, si no ha probado ántes los peligros y trabajos. La corona que nos espera, es de un valor infinito; mas el camino que ha de conducirnos á su posesion, está cercado de enemigos astutos, fuertes, obstinados é implacables. Y qué! desmayaremos á

su vista? ¡tendremos la cobardía de rehusar el combate y rendirnos sin haber peleado? Pero la victoria es mas gloriosa, cuanto mas difícil. Ademas de que si los enemigos nos exceden en número y destreza, tenemos nosotros la ventaja de pelear con armas invencibles; las mismas con que peleó y venció completamente nuestro Jefe soberano. Apénas este las presenta, intimídanse los enemigos, mudan de posicion, varían de planes, huyen avergonzados, quedan para siempre vencidos y deshechos, sin que puedan ya vencer, sino á los que voluntariamente se les rindan.

Estas son las armas de nuestra divina Religion; armas que llevan consigo el poder irresistible de la Omnipotencia; armas que se mejoran con el uso y se embotan é inutilizan con la inaccion. Usémoslas confiados y triunfaremos gloriosamente. Vuestro interes y mi deber exigen la manifestacion de esta verdad, en un tiempo en que ya no se advierten los peligros, por ser tan comunes; en que los combates son tan funestos, porque nos tiene casi desarmados el enemigo; en que, para complemento de nuestra ruína, se pretende hacernos arrojar estas armas como envejecidas é inútiles. Ah! una experiencia harto dolorosa nos hace palpar, ya que no queremos abrir los ojos para ver, lo aventajados que nos hallamos desde el momento en que empezámos á mirar estas armas con desprecio.

Apiadáos, Señor, de nosotros, y no nos privéis de tan poderoso auxilio, sin el cual es inevitable nuestra ruína. Sea este el fruto de mi pequeño trabajo, á cuyo fin imploro de vuestra providencia, derrame su bendicion sobre el terreno en que ha de emplearse, por la mediacion poderosa de vuestra madre santísima. *Ave María.*

Que el fin para que ha sido criado el hombre, no es el goce de los bienes temporales, es una verdad indudable, y no lo es ménos, que no puede por solas sus fuerzas y talentos proporcionarse los bienes de la eternidad. Estos son de un orden superior á toda la naturaleza, y aunque se reunieran todas las luces de la razon, no llegarían jamas á descubrirlos. Solo el Dios omnipotente, que es su absoluto dueño, y que los distribuye con arreglo á las leyes que el mismo ha establecido, puede suministrarlos alguna idea de su grandeza, y dictar los medios

por donde hemos de llegar á poseerlos con seguridad. Esta se ha tenido justamente en todos tiempos y lugares por una atribucion peculiar y exclusiva de la Religion; mas el pérfido enemigo de nuestra felicidad ha dirigido siempre los tiros de su astucia contra nuestra creencia, para ver si puede acabar por este medio con la esperanza é imposibilitarnos para la posesion de la gloria. Á este fin trata de persuadirnos, que la felicidad consiste precisamente en la satisfaccion del amor propio, de la soberbia, de la avaricia y sensualidad; y lo consigue por desgracia, hasta el punto de hacernos sospechosa, y aún obligarnos á negar abiertamente la verdad de las palabras, con que el Señor condena aquellos vicios. *De ninguna manera moriréis*, nos dice: nada temáis: diga lo que quiera el Criador, coméd con entera libertad esa deliciosa fruta que os ha vedado solo por envidia: con ella saciaréis á un tiempo los apetitos del cuerpo y los deseos del alma. Léjos de perecer, no solo vais á haceros inmortales, adquiriréis ademas la sabiduria, la independencia, la divinidad; seréis en todo semejantes al mismo Dios (1).

No se necesita mucha instruccion, ni un extraordinario talento para conocer la falsedad absoluta de unas promesas, tan maliciosas como halagüeñas. ¿Quién no ve que, por solo haberse parado á escuchar semejantes expresiones, contrarias á las que había proferido la verdad eterna, nuestros primeros padres hicieron esclava de la muerte á toda la naturaleza, y la sumergieron en la ignoracia, en la miseria, en la ignominia? Oh! y qué deplorable ceguedad es la nuestra! Á do quiera que se dirijan nuestros sentidos, allí se les presenta con evidente claridad el desengaño; pero léjos de admitirlo, aumentamos nuestro alucinamiento á proporcion que se multiplican las lúces. El espíritu del error, constante siempre en su malignidad, hace los mayores esfuerzos para separar de nuestra memoria, si no puede arrancar de nuestro corazon, las sublimes verdades que la Fe nos enseña, por conocer que á despecho suyo nos dirigen á la gloria. So pretexto de atender á las necesidades indispensables de la vida, ceba con sagacidad nuestras pasiones, nos empeña en proyectos que absorben toda nuestra atencion, y presenta en la misma dificultad que ofrecen, un aliciente de-

(1) *Genes. c. 3, v. 4. et 5.*

masiado eficaz para nuestra soberbia: *Hacéd que estas piedras se conviertan en pan*, nos dice. Terrible, general tentacion! La ley de la naturaleza, los deberes de la piedad, las atenciones de justicia, todo nos recuerda la obligacion de proporcionar, aunque sea por medios extraordinarios, nuestra subsistencia y la de nuestros hermanos; pero esta misma necesidad es en manos del tentador un poderoso estímulo para fomentar nuestra avaricia, para tener sepultado nuestro corazon en la tierra, sin permitirnos dirigirlo al cielo, para que fué criado, sino muy raras veces y con lánguidos ojos.

*Hacéd que estas piedras se conviertan en pan*, clama sin cesar el infierno en el interior de los mortales. Nuestra primera obligacion es la de la conservacion de la vida, y esta exige de justicia todas nuestras atenciones, cuidados, trabajos y desvelos: preciso es buscar recursos extraordinarios, cuando no alcanzan los comunes. Las artes, el comercio, la industria, la economía, la política, todo se procura perfeccionar con el objeto de *convertir en pan las piedras*. Qué primores ofrece á nuestra vista el arte en todos géneros! qué admirables invenciones presenta la industria á cada paso! qué prodigiosos descubrimientos hace diariamente la física! qué dificultades no superan la economía y la política! y todo sin otro objeto que el de *convertir las piedras en pan*. Pero y la Religion? Ay! quisiera guardar acerca de esto un profundo silencio; mas ¿de qué serviría, cuando el mal es tan notorio como funesto? La Religion se debilita, se disminuye, se adelanta á su ruína, á proporcion que se perfeccionan los talentos, las artes y ciencias liberales. Al propio tiempo que se superan mil dificultades, se allanan los montes mas inaccesibles, se riegan y fertilizan los terrenos mas áridos y estériles, para que *las piedras se conviertan en pan*, se va sepultando en el olvido la verdad interesante de que *el hombre tiene mas necesidad del sustento de la divina palabra que del pan material, para la conservacion de su vida*.

Jesucristo se valió para vencer la tentacion de estas mismas palabras; pero nosotros nos hallamos por desgracia en una imposibilidad absoluta de probar su verdad con una experiencia semejante á la suya. Nosotros enemigos declarados de la mortificacion, nosotros cristianos débiles, que solo parece llevamos este nombre para profanarlo y desacreditarlo; nosotros, que abrazamos y adoramos por nuestra profesion la cruz, que abor-

recemos y perseguimos con nuestras obras y deseos; nosotros, á quienes llena de tristeza el nombre solo de ayuno, que á fuerza de abusos hemos desfigurado absolutamente; nosotros, que hemos convertido en un funesto incentivo de las pasiones esta saludable práctica instituída para sofocarlas; nosotros que, si bien con repugnancia nos sometemos á esta sombra de privacion, sabemos por otra parte indemnizarnos con la excesiva abundancia, con la regalada delicadeza, con el mas fino y grato condimento de los manjares, de qué procuramos henchir nuestro vientre, fomentando á un mismo tiempo la desidia, la gula, la embriaguez, la infame sensualidad... ah cristianos! ¡pluguiese al cielo que yo me engañara y pudierais criticar justamente mis expresiones de calumnias! Amarga es la verdad; pero muy interesante y necesaria.

Comparemos nuestros ayunos con los de Jesucristo, á quien debemos imitar; acompañémosle con la consideracion en el desierto, al paso que ponemos la vista en las mesas de los que nos decimos sus discípulos. Qué confusion! la infinita distancia que entre unos y otros média, se conocerá perfectamente comparando los efectos de su rigorosa abstinencia con los de nuestra brutal intemperancia. Jesucristo adquiere una robustez, una fortaleza irresistible, vence completamente á sus enemigos, tan luego como se le presentan. Nosotros... ah! ¿quién hay entre nosotros que al terminar los cuarenta dias, experimente haber debilitado en algo sus pasiones? ¿Quién por el contrario no las siente mas activas y robustas? ¿Quién es el que no anhela la llegada del tiempo, en que sin freno alguno pueda satisfacerlas? Y ¡quiera Dios que no tengamos la osadía de arrojarnos á profanar con nuevos delitos el tiempo santo, que la Providencia destina para expiar los anteriores! Á tal extremo nos conduce el olvido de las sublimes verdades de nuestra Religion veneranda.

Es pues evidente que no podemos fundar en esta feliz experiencia la contestacion con que debemos repeler al tentador, diciéndole que *el hombre no vive de solo pan*; pero la Providencia nos hace palpar á despecho nuestro esta verdad misma, que quisiéramos nosotros borrar de la memoria. La miseria crece, y se agrava en proporcion á los adelantamientos artísticos. Hemos conseguido que *las piedras se conviertan en pan*, y el hambre devora familias enteras á nuestra vista, porque *el hom-*

*bre no vive de solo pan*. Se mejoran todos los ramos de la industria, y con ellos se aumenta y estiende la pobreza: se forman á millares proyectos de economía para remediarla, y cada vez nos vemos rodeados de mayor número de pálidos esqueletos, que piden con lágrimas el alimento que nadie puede darles, porque *el hombre no vive de solo pan*.

Nada mas vulgar que los elogios que se tributan á la ilustracion del siglo presente, y la satírica compasion de la ignorancia en que vivieron en los pasados nuestros mayores; pero es indudable que estos con sus cortas luces nadaron en la abundancia, y nosotros con nuestros ponderados descubrimientos gemimos en la indigencia. La razon es evidente: ellos consideraban y creían. Sabian que la felicidad no consiste solo en los bienes aéreos del tiempo, sino que depende principalmente de la voluntad, de la gracia del Señor. Ellos tenian por perdido el trabajo, á que no precedia una fervorosa y prolongada oracion: ellos nada se atrevian á emprender sin contar primero con la proteccion del cielo, y sin prepararse con los auxilios de la Religion: ellos no sabian tomar para sí la mas leve parte de las producciones de la naturaleza, del trabajo y de la industria, sin confesarse reconocidos al Señor, y consagrar á su culto la porcion mas selecta. ¿Á dónde dirigiremos la vista, que no descubra monumentos indestructibles de su piedad y Religion? Ellos sabian que nada puede faltar á los que ponen una prudente confianza en la divina Providencia, como lo asegura el Profeta rey (1). Ellos sabian que con la ciencia de la Religion se adquieren indefectiblemente todos los bienes, como dice el Sabio (2): ellos sabian que á los que buscan el reino de Dios, se les dan por añadidura todas las prosperidades de la tierra (3): ellos en suma creían cuanto ha revelado la Verdad infalible, y con esta creencia permanecian constantes en su Religion; y repelian tan vigorosamente con las armas que esta les prestaba, al pérfido tentador, que este espíritu orgulloso no se atrevia á presentarles el ataque, porque los veía escudados con la firmeza de su Fe, y los suponía invencibles.

Nosotros olvidamos, si es que no tenemos la osadía de ne-

(1) *Dominus regit me, et nihil mihi deerit.* Psalm. 22. v. 1.

(2) *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa.* Sap. c. 7. v. 11.

(3) *Querite ergo primum regnum Dei... et hæc omnia adjicientur vobis.* Matth. c. 6. v. 33.

garlo positivamente, que *el hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor*; porque así pretenden hacérselo creer los agentes de Satanás. Ojalá no lo consiguieran! Pero la idea de una completa felicidad, que aunque nunca llega, se promete siempre, cunde por todos los estados y condiciones: ninguno es tan insensible y humilde, que no quiera tomar parte en la prosperidad universal: todos cooperan en el modo posible á que *las piedras se conviertan en pan*; mas olvidan por desgracia que *el hombre no vive de solo pan, sino tambien de la palabra divina*. De aquí es que el labrador, el artesano dan por perdido el tiempo que se emplea en los ejercicios de la Religion, se niegan á consagrar al culto del Señor las primicias de su trabajo é industria, y se consideran indignos de la sociedad, si no profieren, como los impíos mas descarados, horrendas blasfemias contra las leyes, las ceremonias, los ministros y el Autor mismo de la Iglesia. El militar no se prepara ya para las batallas con la penitencia, la oracion, el pan de los ángeles; y encenagado en la embriaguez y disolucion, no se acuerda de ofrecer los despojos de la victoria en obsequio religioso del Árbitro soberano de las batallas, cuyo poderoso influjo desconoce, atribuyendo el buen éxito únicamente á su valor y pericia. El miserable mendigo, que por necesidad y costumbre tiene siempre en sus labios el nombre del Señor, discurre por todas partes, inventa nuevos medios para excitar la compasion de sus hermanos, intercepta la entrada en los templos, *por convertir en pan las piedras*; pero rara vez se le ve postrado al pié de los altares, implorando la divina misericordia y testificando su Religion. El insensato en fin, lleno de vanidad, lo atribuye todo á su trabajo y estudio, se juzga árbitro de la naturaleza, suponiéndola independiente de la divinidad para sus operaciones. Examinando esos bellos, elegantes y lisonjeros tratados, en que se bebe la moderna ilustracion, difícilmente se hallará en ellos el nombre de Dios, de su providencia, de su Religion, como no sea para rebatir é insultar tan augustos objetos. Y ¿tendrán á mano todos estos miserables las armas de la Religion, para repeler las tentaciones de Satanás y sus secuaces?

No es propio del objeto que me he propuesto, recordar el triste resultado de los proyectos y tentaciones con que procura hacernos caer el comun enemigo, ni hacer observar que las teo-

rías mas halagüeñas son seguidas por lo regular de los sucesos mas infelices; que á los proyectos mas bien formados de economía y prosperidad suceden la pobreza y la miseria; y que la abundancia del *pan que se ha hecho producir á las piedras*, es la triste causa del hambre que devora á muchos. Diré sí, que el desórden toma un enorme incremento; que el empeño *de convertir las piedras en pan* hace que el robo, el engaño, la infidelidad sean los principales medios de conseguirlo, miétras que otros procuran la subsistencia de su familia por medios aún mas criminales; que el pudor ha desaparecido de nuestro suelo y domina en todos los estados la mas licenciosa disolucion; que los pecados son innumerables y la penitencia muy rara; que el escándalo, el sacrilegio, la impiedad triunfan orgullosos de la Religion, que humillada se disminuye, se retira, se acaba... Se acaba? y cómo no, si nos hemos dejado desarmar sin resistencia?

Se acaba, gran Dios? No, no se acabará, porque son infalibles vuestras promesas: no se acabará. Mas ay! que sabéis arrojar de vuestra heredad á los colonos infieles, y colocar en ella á otros que paguen con exactitud el fruto que prometen. No seamos, Señor, nosotros del número de los expelidos.

Ministros del altar, usád vosotros siquiera las armas de la Religion. Olvidád, perdonád de corazon tantas injurias y persecuciones como estáis sufriendo; amád entrañablemente á todos vuestros enemigos, y postrados en presencia de Dios, pedid por ellos con abundantes lágrimas; dirigid al trono de las misericordias el incienso de las oraciones y sacrificios, á fin de que les haga usar á ellos las mismas armas de que os valéis vosotros, los cubra con el impenetrable escudo de la Fe, y nos fortalezca á todos con su gracia, de modo que hagamos huir vencido al espíritu tentador y se nos presenten en premio los ángeles de la gloria, á cuidar solícitos de nosotros, á colmarnos de consuelo y alegría, y á conducirnos en triunfo á la corte celestial. Amen.